

La esencia de los vagamundos

María Sánchez de la Rosa

Al principio de los tiempos cuándo ya se empezaron a formar los primeros pueblos del mundo, dos niños aventureros. Procedentes cada uno de una etnia diferente, cansados de escuchar prejuicios y estereotipos que se les suele atribuir a personas desconocidas para otras, decidieron averiguar por ellos mismos, si eran ciertas aquellas historias con las que uno crece y las que a su vez de un modo u otro te condicionan desde pequeño.

Así, en la India comienza el viaje de Onai, un chabal de etnia gitana, y de Mario un niño payo, quienes simultáneamente irán recorriendo el inmenso mundo en busca de respuestas, en busca de una verdad que les llevará a encontrarse.

Un día, después de llevar largo camino andado, de ir viendo a diferentes personas, de escuchar diferentes idiomas, y de creer más, en la idea con la que cada uno inició su camino, viéndose tan diferentes a las otras personas, estos dos pequeños coincidieron en uno de sus descansos, pues buscando la calma de los sitios, fueron a reposar ambas espaldas sobre el mismo árbol. El tener a alguien a sus espaldas les provocaba mucha curiosidad, pero ninguno se decidía a darse la vuelta, hasta que Onai, con su forma de ser, simpaticón, extrovertido y alegre, de tez tostada un poco dorada, con ojos color miel y el pelo lleno de rizos oscuros como el carbón, pero brillantes como las alas de un cuervo y con los mofletes tan rellenitos cual hámster, se dio giró y ¡¡¡¡ qué sorpresa!!!! Se encontró con la mirada de un chico con una tez más clarita de pelo y ojos castaños, con abundantes pestañas, algo flaco y bonachón, que le recibió con una dulce sonrisa a la vez que le miraba intrigado.

- Hola- dijo Mario cuando a su vez Onai muy expresivo dijo- Orí al tiempo que levantaba una mano y arqueaba las cejas, poniéndosele una expresión alegre y curiosa, de repente después de permanecer inmóviles uno frente al otro, empezaron a darse cuenta que tenían cosas en común y pese a que no se entendían muy bien con el idioma hablado, empezaron a buscar alternativas, con la que poder comunicarse. ¿Cómo podríamos nosotros comunicarnos si no entenderíamos el lenguaje en que se nos habla? (mediante gestos). Pues así fue como empezaron su amistad, a través de muchos gestos, señales, parecía como si todo el día jugasen a mimos, iban dándose cuenta que no eran tan diferentes, iban descubriendo semejanzas el uno en el otro, y siempre se entendían... les provocaba curiosidad que después de tantos años escuchando que somos tan diferentes todas las personas, era algo incierto pues Onai se veía frente a una persona de otro color y tenía semejanzas con él, ¡ que equivocada estaba la gente!, los dos teníamos una nariz, ¡ venga chicos, vamos a tocar todos la nariz de nuestro compañero con la mano derecha! , ¿Quién sabe decir, para que necesitamos la nariz, para que la usamos? Ahora buscamos a alguien que tenga una nariz y vamos a describirla, tiene (dos agujeros, un tabique (el hueso)), de repente en el cielo se empezaron a ver y a escuchar pájaros de diferentes colores y con diferentes canticos, ¿por qué podían escucharlos? ¿Que tenemos todos que nos ayuda a comunicarnos y escuchar todo tipo de ruidos? (La orejas) pues vamos a buscar a alguien que tenga pendientes en las orejas y ahora nos tocamos nuestra oreja izquierda, y hacemos una breve explicación, y ¿que tenemos todos en la cara que nos permite ver los colores y diferentes formas del mundo entero? (los ojos), pues vamos

a buscar a alguien que tenga los ojos verdes, y ahora vamos a guiñar un ojo a nuestro compañero de al lado.

Onai y Mario estaban asombrados. Cada vez que se miraban se veían más iguales: los dos tenían una nariz, Onai un poco más chatita y Mario más afiladita, pero ambos la poseían, igual que unas orejas y unos ojos bien despiertos. Tan ilusionados estaban con el descubrimiento que decidieron coger de aquel árbol una dulce y jugosa naranja, que se pusieron a saborear... ¡¡¡ummm que exquisitez!!! Pensaban ambos sin mediar palabra, ¿pero gracias a quien podían saborear la fruta? ¿Que tenían en común? (la boca) y que más? Era increíble lo cómodos que estaban disfrutando de aquel exquisito manjar, a los dos le gustaba muchísimo ese sabor a fruta fresca, y eso les hacía asombrarse aún más, no podían explicarse porque la gente que no conoce a otras puede hablar y juzgarles solo por parecer diferentes, sin ni siquiera conocerles, solo por ser de una raza diferente a la suya. Hay veces que entre mismos gitanos, no tienen los mismos gustos aunque si sean de la misma cultura y tengan las mismas tradiciones y no por eso son menos, ni mejores ni peores personas, y otras veces habrá gente a simple vista diferente que luego tengan los mismos gustos. Aparte de conocerse y haberse hecho muy amigos, todo estaba claro. La diferencia hace la esencia, hace a cada persona quien es, única y especial en el mundo así asombrados por tan bonito descubrimiento, aceptándose tal y como eran se sentían felices, y decidieron dejar a un lado todo tipo de prejuicios, tenían ganas de abrazarse ¿a ver cómo nos abrazamos todos? (gracias al tacto).

Así acaba la historia de estos pequeños vagamundos que creyéndose tan diferentes se dieron cuenta que eran iguales, pues tenían, ¿a ver que tenían? (una nariz, una boca, dos orejas, dos sacais* y un cuerpo), y aprovecharon las diferencias para aprender el uno del otro dejando los prejuicios y desigualdades aparte, dándose cuenta que no importa el lugar de origen o el color...todos somos personas y tenemos un corazón.

Será un cuento interactivo en el que se pretende que mediante la realización y puesta en la piel de ambas partes se acabe interiorizando la gravedad de los prejuicios, lo he creado con las ansias más grande que pueda anhelar mi ser porque este colectivo tan especial y tan mal visto vuelva a recuperar lo que era, su alegría y su don de ser.

*sacais = ojos en el vocabulario de la etnia gitana

